

**Qué hacer entre Dostoievsky y Nietzsche: una
introducción al problema del mal y el bien como
valores absolutos**

Mario Anguita Rodríguez

Tutor: José Antonio Antón Pacheco

Índice:

Introducción.

1. ¿Qué es conocer? Objeto y significación: una propedéutica epistemológica.
2. Nietzsche y Dostoievsky: en busca de un asidero moral.
3. Dostoievsky y Nietzsche: profeta al cuadrado.
4. Dostoievsky al piano: el mal elegido.
5. Cristo o el otro: paradigma de un salto al vacío.
6. Conclusión.
7. Bibliografía.

Introducción

Cuando debatimos en nuestro interior qué hacer ante tal o cual situación (qué hacer ante devolver un golpe a alguien que nos agrede o devolver una sonrisa a quien nos sonríe) lo hacemos en una realidad que estructuralmente es análoga –salvando las distancias –a la estructura fenomenológica/operativa de la conducción de un coche. Cuando vamos por una autopista y debemos escoger a qué velocidad ir, por qué carril conducir, qué salida tomar (o no tomar ninguna salida) escogemos teniendo ya una realidad “impuesta” *a priori* de la que no podemos deshacernos: no podemos elegir el material con el cual la calzada está hecha, no lo conocemos bien (al menos la mayoría de la gente no lo conoce). Tampoco conocemos (al menos las personas de a pie como yo, que no somos ingenieros de caminos) la tierra que sustenta la calzada, ni cómo ha llegado a formarse, ni qué rocas o minerales la componen, ni cómo se llegó –no sólo la tierra, sino la calzada –a formar. Cuando discernimos qué acción llevar a cabo, lo hacemos bajo una cantidad inconmensurable de axiomas, premisas y formas-de-estar-en-el-mundo que forman parte de nosotros de una manera tan fundamental como lo hacen nuestro ADN, o nuestros huesos.

Me gustaría investigar si estas cosmovisiones, valores morales, éticas para la vida, jerarquías axiológicas de preferencia etcétera, son de alguna manera absolutos en algún sentido o, si por el contrario, son relativos en algún sentido; todo esto sin desdeñar la posibilidad de que lo absoluto y lo relativo formen una dualidad conexas y sinérgicas. Tomar conciencia de esto, es un acto de liberación, aun estando sujetos a su determinación: “lo que niegas te somete, lo que aceptas, te transforma”- C. G. Jung.

Porque, si miramos hoy en día con arrostrada honestidad la realidad o actualidad ética y metafísica, creo que no caben más que varias preguntas y pocas o ninguna afirmación. ¿Existe algo así como el bien y el mal? ¿De ser así, dónde los encontramos, dónde se fundamentan? Y ¿Si no es así, qué sentido tiene dar valor a las cosas, cuando el horizonte de referencia ha sido borrado? ¿Tiene sentido una ética nacida del consenso de unos existentes cuyo valor intrínseco sólo emane de su subjetiva visión del mundo y de sí mismos?

Para la conducta natural, la significación de un objeto, forma parte de él de forma inextricable. Parece ser, como describe la última línea antes que esta, que los objetos del mundo están atravesados de alguna manera por el sentido, al menos para nosotros y

puede que para nuestros autores. Lo que esto significa, si esto existe y si esto –entre otras realidades –se da verdaderamente, lo iré bosquejando durante este trabajo de fin de grado.

1. ¿Qué es conocer? Objeto y significación: una propedéutica epistemológica.

He considerado que, previamente a realizar una investigación en el ámbito ético, psicológico o metafísico entre otros, puede ser provechoso y propedéutico realizar una investigación sobre las condiciones y capacidades epistémicas que determinan todos nuestros actos en general. Cuando hablamos de capacidades epistémicas estamos hablando de qué capacidades tenemos para conocer, es decir, qué podemos hacer para saber qué son, cómo son y cómo se comportan (fenomenológicamente hablando) las cosas que existen.

Creo que podemos considerar que la disyuntiva *ser-deber ser* es sobradamente conocida al menos en el ámbito filosófico. La posible demarcación y relación entre ambos (ser y deber ser) constituye una de las tareas a resolver en bastantes ámbitos del conocimiento. De la misma, surgen bastantes preguntas y más bien pocas respuestas. ¿Son las cosas lo que son o son lo que deben ser? ¿Deben ser las cosas de alguna manera determinada? Si es así, ¿qué o quien determina cómo han de ser estas y por qué? ¿Puede uno derivar el ser de las cosas de su deber ser?

Esta delimitación, según creo, obedece a una manera concreta de analizar tanto el mundo como las visiones o perspectivas del mismo que se dan. Dichas visiones, podrían catalogarse en dos, y podrían ser denominadas como *visión empírica* o *científica* del mundo y *visión narrativa* del mismo. Grosso modo, podríamos decir, que la *visión empírica* se encarga de la tarea de desvelar y delimitar qué son las cosas y la *visión* o perspectiva *narrativa*, se encarga de dilucidar cómo deben ser las cosas y porqué deben ser así. Tal vez incluso, creo que podría decir, que la *visión narrativa* trata de explicar cómo son las cosas de un modo a la vez primario y ulterior, superando a la pretensión científica o empírica. La *visión científica*, trata de abstraer sus objetos de estudio para depurarlos de subjetividad y analizarlos en su pura objetualidad. Pero aquí he de hacer una pregunta oportuna y substancial; ¿puede quedar el objeto de estudio científico, depurado y desprovisto de sentido?

No he usado la palabra *dilucidar* de manera aleatoria o meramente estética. Por el contrario, he decidido usar dicha palabra debido a –según mi juicio –el componente psicológico y simbólico de la misma. *Dilucidar*, es una palabra de origen latino, que se compone del prefijo *-di*, que entre otras cosas significa *oponer* y la palabra *lux* (nom.

sing.), también de origen latino, que significa *luz*. Es decir, dilucidar algo, es confrontar ese algo a la luz, oponerle luz, y eso significa, que se encuentra en un lugar oscuro o privado de luz.

Lo que nos interesa en este capítulo, es tratar de hacer una pequeña síntesis de cómo conocemos, porque dependiendo de cómo conozcamos, nos conoceremos también a nosotros mismos de una forma o de otra, y esto configura así mismo el modo en el que nos comportamos. Dicho esto, creo que podríamos establecer cuatro estructuras básicas a partir de las cuales se desarrolla nuestro conocimiento.

1. Conocemos como conocieron nuestros antepasados.
2. Conocemos como nos han dado a conocer: como nos han presentado a la sociedad.
3. Conocemos según lo conscientes que seamos en cuanto a cómo conocemos.
4. Conocemos empírica y significativamente.

Estas formas de conocer, están ordenadas en base a dos criterios: temporal y estructural-jerárquico. El primer nivel del desarrollo del conocimiento, obedece a estructuras eminentemente biológicas o neurológicas si queremos ser más precisos. Los tres siguientes –salvo el tercero que tendría un carácter híbrido –obedecen mayoritariamente al aprendizaje y la voluntad consciente.

Los seres humanos, compartimos una estructura biológica fundamental, por lo que –en términos generales –tendemos a considerar como valiosas la provisión o la satisfacción de cierto tipo de necesidades. Por eso, si una persona pasa 2 días sin beber agua, su lista de prioridades se verá alterada, colocando la necesidad de beber agua, casi con seguridad, como la prioridad número uno. Teniendo esto en cuenta, no es difícil entender que la suma de las necesidades humanas a lo largo de los siglos compartida por todo el género humano y almacenada en la parte o partes más profundas de nuestro cerebro, determine nuestra forma de conocer el mundo articulándose –esta, dicha forma –en función de las necesidades pertinentes. Esto nos dice, además, que estamos influidos por nuestra naturaleza lo suficiente como para tenerla en cuenta.

El segundo estrato epistemológico corresponde básicamente a los primeros tres o cuatro años del desarrollo de una persona. Cuando aún no tenemos conciencia de nuestra mismidad, de nuestro yo, sólo percibimos alteridad, y sólo por esta podremos empezar a

formar esa mismidad o yoidad de la que hablábamos. En esta edad, es cuando se forma la –tan mencionada hoy en día por muchos psicólogos –*autoestima*, que no es otra cosa que la idea o el concepto que tiene uno de uno mismo con su correspondiente y fundamental componente axiológico. Por esta misma alteridad, que sigue estando presente en el resto de nuestras vidas pero ya –en principio –no tanto, he definido este estrato como aquel que es constituido por la alteridad, por la presentación que hagan nuestros responsables (normalmente los padres) de nosotros y por cómo nos traten estos, aunque fundamentalmente nuestra madre y sin olvidar a otras figuras de autoridad.

La tercera columna que sostiene nuestro conocimiento se edifica en la importancia de la autoconciencia. Los seres humanos –al menos la mayoría –somos seres conscientes de nosotros mismos, sabemos que somos y existimos. Eso quiere decir, que cuando conocemos, cabe esperar que seamos conscientes de que estamos conociendo el mundo a través de una lupa que somos nosotros mismos; filtrando la realidad que percibimos en base a muchos filtros de muchos tipos –algunos de los cuales, han sido mencionados ya. En función de hasta qué punto seamos conscientes de que somos seres autoconscientes que conocen y exploran, así conoceremos también de una forma u otra.

Además de esto, en esta tercera columna también se asienta aquí la jerarquía de preferencias y objetivos que guía mi existencia y que hace que mi acto cognoscitivo, se enfoque de manera consciente y de manera inconsciente en aquellas cosas a las que les doy importancia, en aquellas cosas que quiero conseguir y en aquellas cosas que podrían hacer que no consiguiera lo que quiero para poder evitarlas.

La cuarta estructura posibilitadora en el ámbito epistemológico, arraiga también en parte en la primera estructura antes mencionada. Somos una especie dotada de sentidos para percibir el mundo. Tenemos vista, oído, tacto, gusto y olfato. Estos sentidos nos permiten percibir el mundo de una manera bastante homogénea –con respecto al resto de los de nuestra especie, del resto de las personas.

Esto quiere decir, a su vez, que podemos llegar a compartir, y de hecho compartimos, una serie de mecanismos cognoscitivos y medidores de la realidad en la que vivimos. Casi todos tenemos vista y vemos prácticamente igual, todos oímos en más o menos el mismo rango de frecuencia, todos tenemos tacto, etcétera. Todas estas características, aunque pudiera parecer algo obvio o anodino, nos configuran y nos afectan mucho más de lo que pensamos. Y no sólo nos afectan porque produzcan un efecto en nosotros, sino

porque nos unen afectivamente con los otros hasta cierto punto, aunque esto lo veremos con más detenimiento en el punto tres del índice.

Este cuarto punto del proceso cognoscitivo, es el que más nos interesa para este trabajo. Como dice el mismo punto, para entender cómo nos comportamos en el mundo, tenemos que entender que lo conocemos a partir de dos métodos o perspectivas que son sinérgicas. El mundo puede entenderse como un lugar de cosas o como un lugar compartido para la acción. La primera perspectiva o gafas desde las que mirar el mundo, está expuesta formalmente en los métodos y teorías científicos. En las ciencias – las cuales se supone que describen el universo – los modelos nos dicen qué es lo que hay en el universo, pero no cómo se comportan dichas entidades. Una vez que hemos construido el modelo con el que vamos a trabajar, la teoría nos describe qué es lo que va a suceder con los elementos de dicho modelo. La teoría, pues, puede entenderse como una construcción intelectual en el ámbito filosófico o científico, aunque ha habido, en la historia, muchas acepciones del concepto “teoría”.

Para algunos, es una descripción de la realidad...para otros, una verdadera explicación de los hechos. Otros distintos a estos, sostienen por el contrario que es un mero simbolismo útil y cómodo. Cuando la teoría la aplicamos a la realidad física, por ejemplo, solemos obtener una teoría más aséptica y “objetiva” mientras que cuando teorizamos en el ámbito humano, tenemos implicaciones éticas, morales, históricas...filosóficas al fin y al cabo. Un ejemplo de aplicación de teoría y modelo en el ámbito matemático sería el siguiente: hay un ejemplo típico de cuando estudiábamos física en el instituto. Se trataba de una especie de masa que baja deslizándose por una pendiente (lo que normalmente se conoce como “plano inclinado”). En este ejemplo, debemos clasificar y exponer los entes que participan y sus relaciones (el peso, la fuerza de fricción...) para hacer un modelo.

Pues bien, una vez que hemos hecho el dibujo y colocado bien los elementos de los que disponemos, podemos aplicar a dicha masa la teoría de la mecánica clásica, la de la relatividad etcétera. En resumen, un modelo puede darnos una descripción de los entes u objetos que existen, tal vez de su constitución ontológica. Una teoría, nos dice cómo se comportan aquellos entes (entes físicos, entes eidéticos etcétera) que existen.

La segunda visión, está expresada normalmente en el arte, la religión, la mitología, la literatura etcétera. Esta visión, está conformada por la interacción social, por la conciencia de la alteridad, y es la perspectiva que más nos va a interesar para esta parte

del trabajo. El *mundo como foro para la acción*, es un lugar que está atravesado por el sentido y el significado. Por eso podríamos decir que para conocer, debemos tener en cuenta *lo que hay, qué hacer con lo que hay, saber que hay una diferencia entre saber lo que hay y saber lo que hacer con lo que hay y cuál es esa diferencia*¹.

El demorarme en este punto, tiene su razón de ser, no es una decisión arbitraria ni vacua. Nuestro estar-en-el-mundo es un estar significativo, no es un mero estar biológico –como ocurre con los animales. Los seres humanos no nos relacionamos con el mundo objetual al modo del científico. Cuando vemos un vaso rojo que contiene agua, no vemos sólo un recipiente rojo con un diámetro concreto en la base y en la parte más alta pintada de un color con una pigmentación concreta y que contiene una suma de elementos químicos. Cuando vemos un vaso de agua rojo nos acordamos de la vez que tuvimos tanta sed en una caminata por el campo y cómo al llegar a un bar, casi al borde de la extenuación nos pusieron agua en un vaso rojo.

El vaso rojo está cargado de sentido, de sensaciones, de vivencias pasadas y de intencionalidad. Por eso, *explorar algo, “descubrir qué es”, significa sobre todo descubrir su significación para la obtención de un resultado motriz dentro de un contexto social particular, y sólo de manera más particular determinar su precisa naturaleza sensible objetiva o material. Eso es conocimiento en su sentido más básico y con frecuencia constituye un conocimiento suficiente*². Este punto será importantísimo para puntos ulteriores de este trabajo.

Nuestra visión del mundo, como hemos dicho, está atravesada por el sentido, pues el objeto es sus características pero también su sentido y su significado. Parece ser, que la racionalidad pura por la que apuesta la mente moderna no es sino una ilusión, y en nuestros momentos mentales más lúcidos, estamos alejados de la pura objetividad. Y es más, las ciencias, por pretendida incursión cognoscitiva en busca de la objetividad que tengan, no dejan de estar sustentadas por el significado y el sentido. Un científico, no se decanta por estudiar científicamente una cosa, si esta no representa una relevancia motivacional importante en la jerarquía axiológica de dicho científico. Es decir: el fundamento de la búsqueda de la objetividad de las *cosas* se caracteriza por ser

¹ *Mapas de Sentidos: una arquitectura de la creencia*, Jordan B. Peterson, pág. 30.

² *Ibíd.* Pág. 30.

puramente mítico y subjetivo; en última instancia, *fidéico* o fundamentado en la fe, en la creencia.

En este momento, cabe hacerse una o varias preguntas, ¿Por qué nuestra forma de conocer se da de esta manera? ¿Dónde arraiga esta búsqueda de sentido y significado que atraviesa al hombre? ¿Acaso existen el Bien y el Mal como realidades ético-ontológicas absolutas? Es aquí, en este punto, donde van a entrar en escena de manera directa los autores que se mencionan en el título.

Aprovechando además el nombramiento de los autores del título (Dostoievsky y Nietzsche) aprovecharé también para nombrar a un autor fundamental (tal vez el más fundamental) de nuestro trabajo, a saber: Jordan Bernt Peterson. Jordan Peterson es psicólogo clínico y profesor de psicología canadiense; aunque además de eso, muchos lo definen como crítico cultural. Sus ramas o áreas principales de investigación son la psicología social, anormal y de la personalidad. Aunque si hay algún ámbito en el que esté especialmente interesado –y yo por ello interesado en él –es en la psicología de las creencias religiosas e ideológicas. Tanto es así, que su obra primigenia –la cual destila una herencia sapiencial que no puede orillarse –se titula *Mapas de sentidos: la arquitectura de la creencia*. En este libro que Peterson tardó trece años en escribir, expone una investigación rigurosa y profunda sobre cómo las personas forman sus creencias y sus ideas, basada en la figura mitológica y arquetípica conocida como el *héroe explorador*. También se centra, cerrando sus principales áreas de estudio, en la evaluación y mejora de la personalidad y el rendimiento laboral.

La historia académica de Peterson es un reflejo muy útil para entender su carrera laboral posterior y para entender porqué me resulta de un interés inconmensurable. Peterson, tras estudiar ciencias políticas y literatura inglesa en el colegio regional Grande Prairie y tras obtener en Alberta un bachiller en artes, se toma un año libre para viajar por Europa, donde desarrolla un interés insoslayable *por los orígenes psicológicos de la guerra fría y particularmente por los totalitarismos europeos del siglo XX*³. De este interés vino otro, vivenciado además a un nivel existencial profundo, por la carrera armamentística nuclear. Esto le lleva a reflexionar sobre la capacidad del ser humano para la destrucción y el mal, y se guía por autores como Carl Jung, Fiodor Dostoievsky, Aleksandr Solzhenitsyn y Friedrich Nietzsche (entre otros).

³ Wikipedia.

Tras esto, se licencia y se doctore en psicología y se hace investigador en Harvard. Todo esto lo sé porque empecé a leer su famoso best seller *Doce reglas para la vida: un antídoto contra el caos*, donde va haciendo un breve y substancial resumen de su vida.

Las inquietudes existenciales, filosóficas, psicológicas y religiosas de Peterson son muy parecidas a las mías, hasta un punto que nunca he llegado a sospechar que pudiera ocurrirme con algún autor. Su historia también es parecida a la mía en aspectos importantes y dignos de ser tomados en cuenta para la decisión de realizar este trabajo de fin de grado.

2. Nietzsche y Dostoievsky: en busca de un asidero moral

El medievo, con sus engrandecidas sombras y sus vilipendiadas luces, fue un período histórico que no debe orillarse en la lectura de la historia si uno quiere conocer esta con rigurosidad. En esta época, el hombre vivía en un mundo cuyos objetos estaban de suyo, atravesados por el sentido, pues vivía en un universo substancialmente moral. Era un hecho que Dios existía, que existía el pecado original y –lo más importante– que existía el infierno. El hombre medieval, vivía en un mundo inmóvil que se situaba en el centro del universo y alrededor del cual giraban el sol y todos los demás planetas. Sabía además, como actuar y conducirse por la vida, aunque a veces eligiera voluntariamente otro camino distinto y como culmen, se sabía hijo de Dios y protegido por Este.

Este fantástico velo que filtraba la visión del mundo, fue rasgado y orillado cuando Kant se dio cuenta de que la escalera que pretendió construir el racionalismo para no solo rozar sino asaltar el cielo, era insuficiente. La posibilidad de la metafísica como una ciencia no era ya sino un mal sueño, que acabó siendo olvidado –aunque en realidad no, como veremos más adelante en este trabajo –con la llegada del empirismo o experimentalismo. El hombre se dio cuenta de que la tierra era *un punto azul pálido*⁴, donde aunque caliente el sol hace frío porque ya no tenemos el calor del Padre, que es Dios y que ha muerto. Además, no somos *los dueños de nuestra propia casa*⁵ y el *horizonte ha sido borrado*⁶.

Esta podría ser una síntesis con tintes literarios de lo ocurrido durante casi cinco siglos, desde el Renacimiento hasta la Ilustración. El Renacimiento implicó mirar a Grecia y mirar a Grecia implicó pensar como en Grecia. Esto llevó paulatinamente a la erosión del Cristianismo en Europa, que empezaría realmente a darse en la Ilustración; en particular, como hemos mencionado antes, con Kant. Los ilustrados advirtieron que con sus métodos de pensamientos filosóficos pretendidamente racionalistas, el Cristianismo no tenía cabida –pues este abarca la posibilidad y necesidad de la Fe y la revelación. Por esto, desde el período ilustrado iría creciendo la erosión de la que antes hablábamos, y que tendría su culmen en el ámbito académico, en el existencialismo Francés.

⁴ Título de una obra de Carl Sagan.

⁵ Freud, Sigmund. “Obras Completas”. Tomo XVII. *Una dificultad del psicoanálisis* (1917). Amorrortu. Buenos Aires. 1979. Pág. 135.

⁶ F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, sección 125.

Podríamos hablar de la postmodernidad u otras ramas de la filosofía más cercanas a la actualidad, pero no tenemos aquí espacio ni conocimiento –por mi parte –suficientes. Fueron varios, los pensadores que advirtieron, que no se podía abandonar un sistema de creencias tan arraigado en la cultura y en el individuo de dicha cultura como si no pasara nada. Entre ellos, el más famoso e importante –aunque no el primero en dar cuenta de este hecho –fue Friedrich Nietzsche.

En el capítulo anterior de este trabajo, expuse una pequeña propedéutica al asunto *cómo conocemos*, y nos centrábamos precisamente en eso mismo, en el conocer. En dicho punto, no mencioné la importancia de las creencias, pues lo voy a hacer ahora. El conocer, se articula, en uno de sus sustratos, en base a la experiencia. Un cúmulo de experiencias iguales o parecidas sobre un mismo asunto o hecho, forma en nosotros una creencia. Por ejemplo, yo creo que cuando llegue a mi casa entre las dos y las tres la comida estará hecha, porque llevo diez o doce años en los cuales, la mayoría de los almuerzos se han dado a esa hora.

Eso, no quiere decir que yo sepa, sin preguntar a nadie que esté en mi casa, que la comida está hecha, pues puede que ni mi madre ni mi padre o alguno de mis hermanos la haya hecho. Pero esta experiencia, significa para mí, que es bastante probable que la comida esté hecha. Por esto, cuando alguien me pregunte si mañana habrá comida hecha en mi casa entre las dos y las tres de la tarde contestaré que sí, porque así lo creo. De la misma manera, desde que tengo conciencia y antes de tenerla, he andado por el suelo de mi casa sin que este se desplome y caiga en el suelo del piso de abajo.

Sin duda, en estos dos ejemplos, no podría yo asegurar al cien por cien que no va a ocurrir lo contrario de lo que espero, pero mi vida y mis actos, están basados en gran parte en dichas creencias, hasta tal punto, que no había sido consciente de ellas hasta que ahora las he tomado reflexivamente como ejemplo. Pues bien, lo mismo que a mí me sucede con cómo estas creencias posibilitan y determinan mi vida y mis actos, así sucede con el judeo-cristianismo en Europa. Pues, aunque pudiera parecer una extrapolación exagerada, considero que ocurre lo mismo.

Ahora, una vez explicado esto, podemos entrar más aún en el pensamiento de Nietzsche y en la importancia de cómo nuestras creencias determinan nuestros actos y cómo las justifican, si es que tenemos la osadía de intentar ser coherentes en nuestra época.

Nietzsche advertía lo siguiente:

Si abandonamos la fe cristiana, perdemos el derecho a basarnos en la moral cristiana. Esta no es en absoluto evidente por sí misma; hay que estar constantemente destacando esta cuestión. El cristianismo es un sistema, una visión de las cosas coherente y total. Si se le quita una idea tan importante como es la fe en Dios, todo el conjunto queda desbaratado; ya no tenemos en las manos nada necesario. El cristianismo parte del supuesto de que el ser humano ni sabe ni puede saber lo que es bueno ni lo que es malo para él: cree en Dios, que es el único que lo sabe. La moral cristiana es un mandamiento; su origen es trascendente; está más allá de toda crítica, de todo derecho a criticar; su verdad depende de que Dios sea verdad, depende plenamente de la fe en Dios. Si [los occidentales modernos] creen saber “intuitivamente” lo que es bueno y lo que es malo, si, en consecuencia, piensan que no necesitan el cristianismo para fundar la moral, ello se debe sencillamente a la poderosa influencia del juicio de valor cristiano y es la manifestación de la fuerza y de la profundidad de dicha influencia. Esta llega hasta el punto de que se haya conseguido olvidar el origen de la moral [moderna] y de que no se perciba ya el carácter tan condicionado de su derecho a existir⁷.

Aquí Nietzsche hace, a mi parecer, una de las mayores llamadas a la coherencia de la historia –en términos de creencias metafísicas y teológicas, y la relación de estas con los actos que las personas llevan a cabo en su vida –a nivel ético-axiológico. Esta llamada de atención, nos está diciendo a mi ver, que si no creemos en un bien o en un mal trascendente, absoluto, estático y operante, es absurdo e incoherente que profiramos cualquier tipo de juicio moral pretendidamente objetivo o digno de ser tomado en cuenta.

Nietzsche expresa este problema de modo muy literario, en *La Gaya Ciencia*, cuando enuncia la –tal vez más famosa –frase o sentencia de Nietzsche, a saber: *¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!* En esta parte de dicha obra, Nietzsche sentencia también algo muy importante, a saber, que nosotros somos quienes lo hemos matado. Esto es muy importante, puesto que coloca al hombre como el culpable primero y único de la *muerte de Dios*. Pero creo que no debemos entender esta sentencia de forma literal –aunque también –sino que hemos de tener en cuenta el contexto metafísico de la obra,

⁷ Nietzsche, F. *El crepúsculo de los ídolos*, pág. 69-70, Madrid, Alianza, 2019.

pues Nietzsche “sigue” el problema metafísico que abre Kant cuando da cuenta de la imposibilidad del acceso a la metafísica.

Por ello, cuando Nietzsche habla de la muerte de Dios, no se refiere sólo a que haya muerto el Dios cristiano, sino también a que ya no hay posibilidad de asirnos a valores morales trascendentes, a que el judeocristianismo era una farsa...con Nietzsche no hay paraíso, y *el cielo se ha hecho de cemento*⁸. Con este acontecimiento, Nietzsche advierte una desorientación moral, existencial, ontológica, antropológica y yo diría que casi cosmológica, pues dice *¿Acaso hay todavía un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? [...] ¿No hace más frío?*⁹ Dios pasa de Ser *esa estrella que no conoce el ocaso*¹⁰ a no ser nada.

Pero Nietzsche no se queda ahí, no es un nihilista pasivo que echado en un rincón arrostre el absurdo de la existencia sin Dios, sino que, al contrario, empieza ya a preguntarse qué vamos a hacer con esto que tenemos, pues hemos de hacer algo. Por esto, al final del texto que cité antes, dice *¿Con qué agua podremos purificarnos? ¿Qué ritos expiatorios, qué juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No es la grandeza de este acto demasiado grande para nosotros? ¿No tendremos que volvernos nosotros mismos dioses para parecer dignos de ella?*¹¹ Las desorientaciones de las que habla nuestro autor que más nos interesan son la desorientación moral y la desorientación existencial.

Hablar de desorientación de manera consciente y aguda nos muestra algunas realidades que pueden pasarnos inadvertidas. Parece que Nietzsche se dio cuenta de que los seres humanos estamos determinados por la búsqueda del sentido y de la ética (aunque los haya escrito por separado, están muy unidos y son casi una misma cosa). El sentido es la brújula que señala a la voluntad el camino que más se adapta al destino que uno elige. La ética es la prescripción para poder recorrer ese camino. Los seres humanos somos seres de naturaleza moral por el simple hecho de dar más importancia a ciertas cosas

⁸ Frase atribuida al pintor Francisco Argüello enunciada por este cuando contaba la experiencia que tuvo leyendo *La náusea* de Sartre.

⁹ Nietzsche, F. *Ibíd.*

¹⁰ Antiguo himno cristiano de la tradición litúrgica romana que se suele salmodiar (cantar) en la noche de la pascua.

¹¹ *Ibíd.*

que a otras. Funcionamos –en gran parte –guiados por una jerarquía axiológica de preferencias con respecto a objetivos, necesidades, gustos y preferencias de toda índole.

Aquí Nietzsche, en este punto, va a hacer un trabajo antropológico importante y va a definir entre líneas –pues ya sabemos que él va a caballo entre la filosofía y la literatura –el concepto de hombre que trabaja. Parte del concepto de hombre nietzscheano se desarrollará en las tres transformaciones del espíritu. A parte de esto, en línea con el pensamiento ilustrado (aunque sólo mínimamente) nuestro autor expone a un hombre *made itself*, hecho o que se hace a sí mismo, en aparente contraposición con el pensamiento escolástico y cristiano. A parte de esto, Nietzsche también defiende un hombre con una tremenda carga irracional –en esto tendrá comunión con Dostoievsky – alejado del hombre iluminado por el sol de la razón.

En este sentido reconozco en Nietzsche una tremenda –aunque parcial –lucidez antropológica y concretamente una lucidez con respecto a la psicología humana. Tal es su profundidad, que el propio Freud reconoció casi totalmente en varias ocasiones la influencia de la obra de Nietzsche en su pensamiento, llegando a decir incluso, que el conocimiento que Nietzsche tenía de sí mismo era de una profundidad tal que superaba el de todo ser viviente que hubiese existido o fuese a existir. La parcialidad de mi reconocimiento se debe a lo utópico de la consecución del *übermensch*¹², que trataré más adelante.

El propio Nietzsche da cuenta de la necesidad de sentido y de eticidad que tiene el hombre cuando en la parte III del Zarathustra, habla de las tres transformaciones del espíritu. La primera etapa en la que se encuentra el espíritu está representada por un animal; el camello. El camello es el animal que se arrodilla para ser cargado con muchos pesos y servir a su dueño haciendo esto. Para Nietzsche, esta moral del esclavo cristaliza en la moral cristiana, pues es una moral basada en la humillación y el sometimiento. Para desproveerse uno de esta carga moral subvertida, el espíritu hecho camello va al desierto y se convierte en león, para romper con la servidumbre a la que se sometió.

En el desierto, el león encuentra al dragón, un dragón de oro en cuyas escamas puede leerse *tú debes* y que pretende cerrarle el paso. ¿Y por qué un dragón? En muchas de las

¹² *Übermensch* es la palabra designada por Nietzsche para definir al súper-hombre o, como algunos dicen, supra-hombre.

tradiciones mitológicas y religiosas, el dragón es un animal que está siempre presente. El dragón, hasta donde yo puedo decir, representa el caos al que la figura del héroe se tiene que enfrentar para conseguir aquello que busca, que es lo máspreciado. Aquí me gustaría detenerme pues me parece muy interesante que Nietzsche use la figura del dragón. Considero que Nietzsche es un autor cuya profundidad, erudición y complejidad nunca creo que vaya a estar a la altura de mi comprensión –al menos en estos momentos.

Nietzsche hace Hasta donde yo sé, de una profunda y certera visión de la psicología humana. Es necesario ir en busca del dragón, llamado *Tú debes*, ese dragón que en términos clínicos puede representar la neurosis. En términos clínicos podría ser loable que una persona que viviese anclada en el utópico rigorismo moral kantiano, encontrase estas lecturas de Nietzsche y se decidiera a vencer al dragón, pues pienso que no estamos hechos para vivir todo el tiempo en el orden¹³.

Y esto está muy bien en el ámbito clínico, pero ahora nos interesa algo más fundamental. Pongamos que de algún modo, nos desproveemos de toda la carga moral judeocristiana y platónica que antaño nos subyugaba; pongamos que reducimos a escombros los cimientos del derecho europeo, de la deontología de nuestros países y de nuestra ética del día a día. Pongamos también que quitamos a Dios de forma absoluta de nuestra ecuación, pues *ha muerto, lo hemos matado...*

¿Cómo nos orientamos ahora? Nietzsche defiende que ahora el nuevo hombre, cuyo espíritu es representado por un niño pues ha evolucionado tras deshacerse de toda la carga de la moral, lo que hace es lo que quiere y lo que quiere es crear. Crear nuevos valores, valores reales que enaltezcan al fuerte y orillen al débil, al humilde. Esta es la moral del artista, la metafísica del artista que surge de haber arrostrado la tragedia de la existencia.

Pero realmente... ¿es tan sencillo o tan siquiera posible que el hombre pueda crear él mismo sin recurrir a *algo* trascendente una moral suficiente? Suficiente quiere decir que el anclaje o el fundamento de esa moral provea de una justificación suficiente y casi obvia de los valores que emanarán de esta. Otrora era Dios el fundamento trascendente, inamovible e inapelable de la moral, lo cual se mantuvo durante muchos años en Europa

¹³ La cuestión del equilibrio entre el caos y el orden será tratada con más extensión en el capítulo cuatro de este trabajo.

y occidente. Pero ahora no hay Dios. Entonces, ¿qué es lo que propone Nietzsche concretamente?¹⁴

*“Vosotros hombres superiores, - así dice la plebe parpadeando - no existen hombres superiores, todos somos iguales, el hombre no es más que hombre, ¡ante Dios - todos somos iguales!”. ¡Ante Dios! - Mas ahora ese Dios ha muerto. Y ante la plebe nosotros no queremos ser iguales. ¡Vosotros hombres superiores, marchaos del mercado!*¹⁵

Es complicado para mí tratar de ver cómo Nietzsche pretende encontrar un asidero moral de esta forma. Pues además, en el Zarathustra, dice que *el hombre es un tránsito*¹⁶ y *un ocaso*. ¿Quiere decir esto que el hombre es un tránsito hacia el superhombre o quiere decir – por el contrario –que el superhombre nunca puede darse y es un *continuum*? No sé si termino de entender muy bien la propuesta de Nietzsche, pues aunque utópica a mis ojos, también es cierto que en el Zarathustra llama a la coherencia para con las propias virtudes, con las propias capacidades. Nietzsche exhorta por boca de Zarathustra a no tratar de hacer cosas más grandes de las que realmente puedan. Esto puede parecer una perogrullada, pero yo lo veo como un síntoma de gran realismo. Y sin embargo es un realismo que no es contrapuesto a mi parecer al realismo cristiano.

Creo que uno de los profundos errores que existen en las lecturas críticas de la cosmovisión cristiana –entre ellas en parte la lectura de Nietzsche –es la de creer que el cristianismo toma al hombre como capaz por sí mismo de cosas de las que no es capaz. Y creo que eso es un error porque el cristianismo es una de las primeras cosmovisiones y sistemas de creencias –si no la primera –que da fe de forma rotunda sobre las limitaciones del hombre¹⁷.

¹⁴ *¿Tenéis valor, oh hermanos míos? ¿Sois gente de corazón? ¿No valor ante testigos, sino el valor del eremita y del águila, del cual no es ya espectador ningún Dios? A las almas frías, a las acémilas, a los ciegos, a los borrachos, a éstos yo no los llamo gente de corazón. Corazón tiene el que conoce el miedo, pero domeña el miedo, el que ve el abismo, pero con orgullo. El que ve el abismo, pero con ojos de águila, el que aferra el abismo con garras de águila: ése tiene valor.* Nietzsche, F. en *Así habló Zarathustra; Del hombre superior*.

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ Véase, por ejemplo, el salmo 131 (130) cuando el salmista dice: *Oh señor, mi corazón ya no es ambicioso, ni se eleva con soberbia mi mirada. Ni voy en busca de cosas grandes que son superiores a mis fuerzas.*

Me da la impresión que mientras que la pedagogía cristiana sugiere que el hombre está limitado por el pecado pero que puede obrar *Bien* e incluso *más allá de sus fuerzas* por la intercesión del Espíritu Santo - y por lo tanto, no otorga al hombre más poder *que el que le ha sido dado desde lo alto* –Nietzsche está predicando este mismo desarrollo de la capacidad humana para obrar, pero sin Dios. ¿Pero cómo? Esa es la pregunta para la cual no termino de hallar respuesta en Nietzsche.

Tal vez haga falta más fe para creer en el superhombre que para creer en Dios. Pero lo que es verdad, es que incluso Nietzsche, reconoce la necesidad de la moralidad. Y aunque él no lo hiciera, la observación minuciosa de la vida de los hombres, nos indica ya el hecho de que *somos morales*. Cada vez que actuamos, sólo por el hecho de llevar a cabo acciones, estamos siendo morales. Y estamos siendo morales porque sólo con el hecho de discriminar entre llevar a cabo una acción u otra, estamos discriminando en base a preferencias. Y la opción preferida antes que otra opción distinta, es la preferida porque es más valiosa para aquel que la elige.

Todos y cada uno de nuestros actos están atravesados por el axioma *soy moral*, e incluso el filósofo más subversivo de la historia de occidente se dio cuenta de ello. Pero Nietzsche hace una propuesta más en aras de anclar el modo de estar en el mundo a una especie de máxima existencial y cosmológica cuando habla del *eterno retorno*. El eterno retorno de Nietzsche es una propuesta ético-existencial que tiene su base en una concepción cíclica del tiempo. Esta propuesta está a mis ojos muy bien explicada en el párrafo 341 de *La Gaya ciencia*.

En última instancia, lo que Nietzsche propone aquí es que en aras de tener una vida plena y totalmente deseable, busquemos llevar una vida, que si la tuviésemos que repetir una y otra vez siendo absolutamente igual, aceptaríamos con laudes y honesta alegría el hecho de vivirla una y otra vez. Justo después de escribir el punto que antecede a esta frase que estoy escribiendo, me he pasado una hora tratando de buscar algún fallo o incoherencia a esta propuesta que no tenía muy estudiada. Y, siendo honesto, me parece una propuesta existencial coherente y sabia. Creo entender que Nietzsche no contempla una noción cíclica del tiempo realmente, sino que usa esta como supuesto para establecer una actitud existencial.

¿Qué nos puede decir sobre estos asuntos Dostoievsky? *Si Dios no existe, todo está permitido*, dirá en *Los hermanos Karamázov* en repetidas ocasiones. Nuestro autor, aunque muchos no lo clasifican como *filósofo* –yo no tengo muy clara mi postura –se

caracteriza entre otros aspectos por ser un buscador insaciable de la verdad; búsqueda que se ve reflejada en los personajes de sus obras y en las respectivas tramas.

Creo que Dostoievsky, como Nietzsche (o Nietzsche, como Dostoievsky) es un autor profundamente preocupado por la ética, la existencia, la mente y Dios. En las novelas de Dostoievsky ve uno un caudal continuo repleto de estos temas que alimenta continuamente el suceder de lo que va aconteciendo en la novela. Ambos autores, plasman su pensamiento en novelas (aunque Nietzsche tenga ciertas obras substancialmente aforísticas¹⁸) pero Nietzsche parece ser que no lo hace desde tan cerca de él como Nietzsche, aunque no estoy seguro.

Dostoievsky, es, como dice Manuel Días Márquez, un *investigador de la esencia humana*¹⁹. En sus novelas, nuestro eslavófilo autor, proyecta a través de los personajes, diferentes posturas, muchas de ellas antagónicas, procurando así, que el enfrentamiento de dichas posturas pueda ser llevado al extremo en el plano de la existencia. Párrafos atrás decía que dudaba de que Dostoievsky fuera propiamente –con *propiamente* me refiero a dentro del rigorismo académico –un filósofo como lo podían ser Aristóteles o Kant. Pero siendo honesto, creo que la profundidad a la que Dostoievsky se lleva a sí mismo ética, y psicológicamente con el propósito de dirimir cuál es la verdad que subyace en el fondo del juicio de las acciones de sus personajes, es bastante como para poder considerarlo filósofo.

Pues ¿qué buen filósofo no se interpela a sí mismo cuando habla de problemas existenciales o morales? Dostoievsky busca la Verdad y también busca descubrir cómo puede darse la existencia de una persona en su plenitud. Nietzsche propuso reconciliar al hombre con su “verdadero” potencial, tratando de que su espíritu evolucionase en aras de conseguir que se guiase por los principios que antes mencionamos (la moral del artista, del fuerte, el *übermensch* etcétera). Creo que podemos ir dándonos cuenta de por qué este TFG tiene como título *qué hacer entre Dostoievsky y Nietzsche*.

Pues bien, ¿Cuál es la antropología que subyace en Dostoievsky y cómo propone este encontrar un asidero moral o ético para una vida plena? En Dostoievsky la alteridad (los *otros*) son *conditio sine qua non* para poder explicar al individuo y para conseguir que

¹⁸ Cuando menciono su obra aforística me refiero a *Humano, demasiado humano*.

¹⁹ D. M. Manuel en *Fiódor Mijáilovich Dostoievsky: existencia, sociedad y verdad*, Sevilla, 2011.

este logro una vida plena. Si extraemos de las obras de Dostoievsky una fórmula o un proceder de cara a que esto se dé, sería el siguiente y constaría de tres pasos²⁰. Dado lo literario de las *tesis* que plantea Dostoievsky, me ayudaré del filósofo Søren Kierkegaard. En *Etapas en el camino de la vida*²¹, Kierkegaard expone y describe los tres tipos de existencias posibles para el hombre.

Este autor define los tres tipos de existencias en tres etapas que llamará: etapa estética, etapa ética y etapa religiosa. En estas etapas, para entender a Dostoievsky, iremos enmarcando a ciertos personajes de sus obras. Una clave fundamental para enmarcarlos, será tener en cuenta que el individuo en Dostoievsky es libre, libre para descender a las bestias o para aspirar a los ángeles²². Dado esto, el hombre puede elegir desarrollarse éticamente en cualquier sentido que se proponga, al que se someta o a partir del cual se deje llevar. Kierkegaard hablará del estadio *estético*, donde lo auténtico de la vida se busca en el placer, el estadio *ético*, donde se encuentra –lo auténtico– en la moral o el deber (que vienen a ser lo mismo pues la moral no es fruto de la reflexión y posterior acción voluntaria –y el estadio religioso, donde el hombre vive auténticamente en función de si se enmarca en su búsqueda particular de la Verdad.

La primera etapa o estadio, es el estadio *estético*. En este estadio, se encuentran las personas que conducen su vida a partir de la satisfacción de los placeres. En este ejemplo, podríamos enmarcar a Calígula²³, a San Agustín en sus primeros años antes de tocar fondo existencialmente o a Don Juan Tenorio. De la misma manera, el hombre en este estadio también buscará evitar a toda costa hasta el más mínimo dolor o sufrimiento. Pero nosotros nos encontraremos en la obra de Dostoievsky a un personaje llamado Fiódor Pávlovich Karamázov, del cual dirá Dostoievsky, que aunque es inteligente, el poco control de sí mismo hará de él una persona de una bajeza moral constatable. El futuro casi inmediato y con seguridad lejano que ocupa a los enmarcados en esta etapa, es la desesperación, la carencia y la angustia debido a que uno empieza a darse cuenta de que los placeres son escurridizos, y cuando se van, hacen aflorar dos realidades que estaban como estructuras posibilitadoras de dicha fenomenología: la

²⁰ Ibíd. D. M. Manuel en *Fiódor Mijáilovich Dostoievsky: existencia, sociedad y verdad*.

²¹ Santiago ruega, Buenos Aires, 1952.

²² Así habla Pico Della Mirandola en su libro *Discurso sobre la dignidad del hombre*.

²³ El fracaso estrepitoso de la existencia de Calígula conducida en base a la búsqueda del goce y fuera de todo propósito o moralidad, es nítidamente expuesto en la obra *Calígula*, de Albert Camus.

necesidad y el vacío continuos. Otro problema del esteta es que este, por su distanciamiento contemplativo, ha creado una distancia con respecto a la realidad que vive de manera negativa: *mi pena es, sí, mi castillo, que cual nido de águilas tiene su sede allí en lo alto, en la cima de las montañas, entre las nubes; nadie puede expugnarlo. Desde él desciendo volando a la realidad y capturo mi presa, mas no permanezco allí, sino que traigo mi presa a casa y esta presa es una imagen que entretejo en los tapetes de mi castillo*²⁴.

Cuando la persona en cuestión es consciente de esta forma adolescente de estar en el mundo y se propone cambiar a mejor, aspirará a llegar al estadio ético. En esta fase, el hombre dará cuenta de la existencia del bien y del mal, y tratará de elegir sabiamente a la hora de llevar a cabo una acción procurando que esta se enmarque en el bien y en la consecución de un propósito moral que se ajuste a lo universalmente bueno y a la verdad. Aquí podemos enmarcar a Iván Karamázov, el cual no se ajusta ni al modo de existencia estético ni al religioso. Iván se caracteriza profundamente por obrar en función al deber –que está basado en su propia definición del bien y del mal– y a procurar que haya menos mal en el mundo. Cabe decir también, que a diferencia del hombre estético, el hombre ético tiene la capacidad de elegir (de hecho debe hacerlo).

El verse ante un mar de posibilidades de las cuales el único y absoluto garante y a la vez responsable es él, el hombre en el estadio ético se verá abrumado, angustiado, y en este momento de crisis, *cabría esperar* que dicho hombre buscase un *asidero moral*, como decíamos en el título de este capítulo, que fuese mayor a él. Y, lo más coherente que se le ocurrió a Kierkegaard y que un servidor asume de la misma manera, es tratar de asirse a Dios. Esta angustia es la que llevaría a Iván Karamázov a dar un salto de Fe, pero este se resiste. Para pasar al estadio religioso, el hombre debe matar al dragón *Tú debes*, como hablábamos párrafos más arriba sobre la evolución del espíritu humano en Nietzsche –obviando las distancias antropológicas y distancias de fe que se dan entre ambos autores.

En el siguiente estadio, el religioso, el hombre debe dar un salto al vacío²⁵, reconociendo los límites de la razón –como hicieron explícitamente Blaise Pascal entre otros– y abrazando la Fe en Dios. Con respecto a estos límites de la razón, por ejemplo,

²⁴ Kierkegaard, S. *O lo uno o lo otro I*, Trotta, Madrid, 2006, pág.65.

²⁵ De esto hablaremos con más profundidad en el capítulo seis de este trabajo.

decía pascal: *la ciencia de las cosas exteriores no me consolará de la ignorancia de la moral en los momentos de aflicción; pero la ciencia de las costumbres me consolará siempre de las ciencias exteriores*²⁶. Y también dijo: *Nada se detiene por nosotros. Es el estado que nos es natural, y, sin embargo, el más contrario a nuestra inclinación; ardemos en deseos de encontrar una sede firme y una última base constante para edificar sobre ella una torre que se alce hasta el infinito, pero todos nuestros cimientos se quiebran y la tierra se abre hasta los abismos. No busquemos, pues, punto de seguridad y de firmeza. Nuestra razón se ve siempre decepcionada por la inconstancia de las apariencias; nada puede fijar lo finito entre los dos infinitos que lo vuelven y le huyen*²⁷. La consecuencia de este abrazo, no es otra sino la de conducir la vida con el amor a Dios y a *los otros* como principio y como fin de todas las acciones. Así mismo, el hombre en el estadio religioso se entrega a Dios, pone su voluntad a Su servicio. El hombre paradigmático que da el paso a este estadio es Abraham, cuya vida es relatada en el Génesis. No vamos a pararnos aquí a contar la evolución en profundidad de Abraham, igual que no nos paramos en otros asuntos no menos importantes, pues la limitación de palabras de este tipo de trabajo no nos lo permite, pero no estaría de más detenernos.

Abraham es un hombre, como tú y como yo, que se pasa toda su vida deseando tener descendencia y no lo consigue hasta una avanzada edad. Dios, a sus muchos años, en su prácticamente ancianidad, le concede un hijo, Isaac. Años después, Dios manda a Abraham al monte Moria para que sacrifique a su hijo querido, y este obedece. Este antepone la Fe en Dios a su razón, a su voluntad, a sus afectos y a su más preciado tesoro, su hijo. Finalmente, cuando está a punto de sacrificarlo (previa aceptación de Isaac que le dice *átame fuerte padre mío, no sea que por el miedo me resista*) un ángel detiene su mano y le dice a Abraham que Dios ya sabe que él confía en Él²⁸.

Este paso también lo vemos en Aliosha, que en la obra que tratamos, es el paradigma del hombre del estadio religioso, que cambia la angustia y la desesperación por la esperanza constatada de la Fe en Dios y que dedica su vida al Amor. Así, según

²⁶ Pascal, Blaise. *Pensamientos*, pág. 7, editorial Biblioteca virtual universal, 2003.

²⁷ Pascal, Blaise. *Pensamientos*, pág. 10, editorial Biblioteca virtual universal, 2003.

²⁸ Del tágum Neófiti sobre el sacrificio de Isaac en Génesis 22, 1-19, Biblia de Jerusalén. Tal es la proeza de la acción de Abraham que más adelante está escrito *venid y ved la Fe sobre la tierra*.

Dostoievsky, alcanza el hombre la existencia plena y la individualidad; pero en este punto, profundizaremos más aún en el último capítulo.

Como broche final a este capítulo, concluiremos hasta cierto punto, que mientras que para Nietzsche la muerte de Dios es inevitable y hay que continuar la existencia sin él, para Dostoievsky, *si Dios no existe, todo está permitido*²⁹ y no hay reproche o consideración moral que no sea absurda en sí misma al carecer de fundamento que trascienda al sujeto en cuestión que albergue dicha consideración.

²⁹ Dostoievsky F. en *Los hermanos Karamázov*.

3. Dostoievsky y Nietzsche: profeta al cuadrado.

Si hay algunos puntos fundamentalmente nítidos en los que convergen los dos autores que se mencionan en el título de este capítulo, son sin duda los siguientes: el hombre es –en gran parte– irracional. El hombre es una amalgama de contradicciones, pulsiones, deseos, pensamientos, creencias y acciones que casi nunca apuntan en una misma dirección. Está repleto de sombras y recovecos que albergan monstruos y tesoros. El otro punto para nuestros dos autores es la importancia concedida a la voluntad; a pesar de toda la carga irracional o subconsciente que ambos autores otorgan al hombre, también le dan una capacidad para advertir cuál es su voluntad y lo que quiere hacer o le importa.

Dostoievsky y Nietzsche, fueron ambos grandes profetas que anunciaron el futuro del hombre –tal vez el hombre de nuestro tiempo– y además, puede que incluso el propio Nietzsche, fuera “profetizado” por Dostoievsky. Esta será la primera parte que trataremos en este capítulo: cómo Dostoievsky pudo influenciar en Nietzsche y cómo Nietzsche y Dostoievsky profetizaron la muerte de Dios. En la primera referencia que Nietzsche hace de Dostoievsky, este dice *¿Te he escrito de H. Taine? ¿Y de que me encuentra “infiniment suggestif” (infinitamente sugestivo)? ¿Y de Dostoievsky?*³⁰ Un día después de esto, Nietzsche escribe a Peter Gast y le habla del placer que siente este al leer a Dostoievsky, definiéndolo además como *un psicólogo*³¹ e incluso, como *un psicólogo con el que yo me entiendo*³². Parece que en otro sitio donde lo repetirá será en *El crepúsculo de los ídolos “incursiones de un intempestivo”*³³, aunque donde más contento quedará con su encuentro con Dostoievsky y su *parentesco* a la hora de pensar será cuando lee *L’esprit souterrain*³⁴.

Dostoievsky y Nietzsche, profetizan de forma clarividente las consecuencias que iba a sufrir la sociedad tras la muerte de Dios, tras la imposibilidad de tomar contacto con aquello que estaba *meta [tà] phisiká* con todo lo que ello iba a suponer a varios niveles.

³⁰ F. Nietzsche, *Briefwechsel. Kritische Gesamtausgabe*, III, 5, G. Colli y M. Montinari (eds.). Berlin-New York: W. de Gruyter, 1984, p. 21.

³¹ F. Nietzsche, *Briefwechsel*, III, 5, *op. cit.*, p. 24.

³² Cf. F. Nietzsche, *Fragmentos póstumos (1885-1889)*, primavera de 1888, 15 [9], tr. J. L. Vermal y J. B. Llinares. Madrid: Tecnos, 2006, p. 626.

³³ 45

³⁴ Cf. F. Dostoievsky, *L’esprit souterrain*, tr. Halpérine-Kaminsky y Ch. Morice. Paris : Plon-Nourrit, 1884.

Si matamos a Dios, cabe esperar que nuestra existencia cambie, que nuestra esperanza en que detrás de todo estaba Dios como garante desaparezca y que esta desaparición modifique nuestros objetivos y modifique aquellas cosas que damos por hecho. Pero parece que la suposición de que cabe esperar que Dios exista no se ha ido, y si se ha ido, lo ha hecho como lágrimas en la lluvia.

Si abandonamos la fe cristiana, perdemos el derecho a basarnos en la moral cristiana. Esta no es en absoluto evidente por sí misma; hay que estar constantemente destacando esta cuestión. El cristianismo es un sistema, una visión de las cosas coherente y total. Si se le quita una idea tan importante como es la fe en Dios, todo el conjunto queda desbaratado; ya no tenemos en las manos nada necesario. El cristianismo parte del supuesto de que el ser humano ni sabe ni puede saber lo que es bueno y lo que es malo para él: cree en Dios, que es el único que lo sabe. La moral cristiana es un mandamiento; su origen es trascendente; está más allá de toda crítica, de todo derecho a criticar; su verdad depende de que Dios sea verdad, depende plenamente de la fe en Dios. Si (los occidentales modernos) creen saber “intuitivamente” lo que es bueno y lo que es malo, si, en consecuencia, piensan que no necesitan el cristianismo para fundar la moral, ello se debe sencillamente a la poderosa influencia del juicio de valor cristiano y es la manifestación de la fuerza y de la profundidad de dicha influencia. Esta llega hasta el punto de que se haya conseguido olvidar el origen de la moral (moderna) y de que no se perciba ya el carácter tan condicionado de su derecho a existir³⁵.

Nietzsche expone, que si los axiomas en los que se basa una teoría son invalidados, la teoría queda también invalidada, y esto es de lo más razonable que se pueda decir. Pero es –cuanto menos –curioso, que en el caso de Occidente, los valores cristianos siguen gobernando todos los aspectos del comportamiento individual real y los valores básicos del occidental típico, aunque sea ateo y tenga una buena formación³⁶.

Este planteamiento de Nietzsche me da mucho que pensar, pues aunque la persona media haya perdido toda noción de respaldo trascendental para sus actos, no mata ni roba y si lo hace, incluso, trata de ocultar dichos actos a su propia conciencia. ¿Por qué

³⁵ Nietzsche, F. en *El crepúsculo de los ídolos*, pág. 69-70. En el texto original, Nietzsche se refiere a los ingleses, pero he considerado oportuno y equitativo escribir *los occidentales modernos* en vez de *los ingleses*.

³⁶ Peterson, J.B. en *Mapas de sentidos: la arquitectura de la creencia* pág. 37.

sucede esta tremenda incoherencia en el hombre moderno? En aquel que no cree en Dios ni en valores trascendentales pero al mismo tiempo cuando es víctima de un crimen clama al cielo pidiendo justicia³⁷ ¿A qué noción de justicia apela y qué soporte ontológico o metafísico tiene esta? No parece haber una respuesta o justificación suficiente, pues no creo que sea posible quitar el fundamento trascendental o metafísico de una ley moral y que el comportamiento de las personas se siga manteniendo igual, como si nada.

Nietzsche propuso, como hemos dicho, al superhombre, y antes que él, Dostoievsky también hizo el experimento de proponerlo. Como ya hemos visto, Nietzsche detalló las etapas del desarrollo del superhombre y le otorgó a este la capacidad suficiente de darse a sí mismo unos valores creados por él para que los valores –antes subvertidos según Nietzsche –alcanzasen la alineación correcta tras la muerte de Dios. Pues Dostoievsky, lo que hizo a su estilo, fue encarnar los mismos valores que los del *übermensch* en el personaje de Raskólnikov y ver lo que pasaba. Y lo que pasó es lo que voy a relatar sintéticamente.

Dostoievsky pone a Raskólnikov, el protagonista de la historia, en una situación existencial y moral realmente complicada, tal vez de las más complicadas que se puedan imaginar. Raskólnikov tiene justificaciones racionales suficientes como para matar a la vieja usurera: la madre de Rodia está en serios problemas financieros, su hermana prácticamente se prostituye, pues va a contraer matrimonio con un abogado al que odia sólo para que esta pueda dar algo de dinero a Rodia (Raskólnikov) y este pueda dejar de pasar hambre, malvivir y empezar a estudiar derecho. Además de eso, Rodia está fuertemente convencido de que esa mujer mayor sólo hace mal al mundo, manteniendo a muchas personas dependiendo de ella y lucrándose de estas; la conclusión más razonable (teniendo en cuenta que Dios ha muerto) es matar a esa mujer. Así lo hace, se queda con su dinero y escapa sin ser visto ni ser sospechoso.

Lo que sucede después de esto, es que el personaje empieza a ser atormentado por su conciencia por el crimen cometido. La obra se llama *Crimen y castigo* no por el hecho de que Rodia se confiesa y acaba en la cárcel, sino porque el castigo se lo inflige su propia conciencia, pues no es capaz mediante la razón de escapar a la moral que su conciencia le dicta (cuando además, este se siente superior a todos los ciudadanos rusos,

³⁷ *Ibíd.*

que deben seguir la ley, procrear, y no tienen –como sí tiene él –justificación alguna para cometer un crimen).

Raskólnikov es la profecía que hace Dostoievsky del superhombre de Nietzsche. Por eso titulo este capítulo exponiendo a dos profetas. Por un lado, Nietzsche profetiza la muerte de Dios y cómo la sociedad daría cuenta, al menos por un tiempo, de las consecuencias de la muerte de Dios³⁸. Y por otro lado, creo que Dostoievsky profetiza la muerte de Dios, profetiza al superhombre de Nietzsche y profetiza las consecuencias nihilistas de ambas profecías. Pero además, Dostoievsky rechaza la posibilidad del superhombre que Nietzsche plantea. El punto que nos trae el ruso, es que no podemos simplemente desechar la existencia de Dios y tratar de crear unos valores desde la propia subjetividad –lo contrario de lo que expone Nietzsche –sino que es necesaria la vuelta a Dios, a lo que nos trasciende.

El intento de Nietzsche de que el hombre se dé a sí mismo los valores, se me da en la imaginación como el suceso –seguramente ficticio, fabuloso –que le ocurrió a aquel que tras caer en unas arenas movedizas, trató de sacarse de ellas tirándose el mismo de su pelo hacia arriba (lo cual, como cabe esperar, no termina resultando una idea exitosa). Tenemos pues, un hombre que no cree en Dios, pero que sigue clamando justicia... ¿Cuál es su presente y su futuro? Creo que su presente inmediato es el hombre subterráneo o el hombre del subsuelo.

El hombre del subsuelo es un burócrata desagradable y resentido que dedica su vida a hacer que las vidas de los demás sean más miserables, y él lo sabe, al igual que sabe que es quebradizo y débil. Su goce se traduce en utilizar una posición trivial de poder que tiene como burócrata para así poder ejercer poder sobre la gente, aunque no sólo en eso. Su goce también reside en la acción de externalizar el dolor y hacer partícipes a los demás de él. Lo que quiere de alguna manera es hundirse en el cenagal llevándose consigo a toda la gente posible. Este hombre, en la oscuridad y soledad del subsuelo, trata de ser honesto consigo mismo y con el lector y emite cómo se ve a sí mismo, a su propia vida y al mundo y trata de justificarse sin mucho éxito.

³⁸ Con esto me refiero a las dos guerras mundiales (cuyo germen es la racionalidad pura al margen de Dios que pretende crear hombres mejores y sociedades mejores que culminen en un mundo perfecto) y a la conciencia de este fracaso por parte del existencialismo francés (aunque creo que este vuelve a cometer un error parecido al menos estructuralmente).

Conoce a una mujer que está en un estado económico bastante deprimente, y en un alarde de falso mesianismo, le ofrece salvarla, a pesar de que él se ve a sí mismo tan inútil que no es capaz de salvarse a sí mismo. Cuando por fin ella accede a ser salvada, él le dice que era todo una broma y que sólo estaba jugando con ella, convirtiendo su situación (la de ella) en una aún peor que antes, sabiendo él, perfectamente lo que hace y lo horrible que es. Dostoievsky viene a decirnos -entre otras cosas -que no somos unos existentes fundamentalmente racionales, sino que hay una gran oscuridad e irracionalidad operando en nosotros nos demos o no cuenta de ello. De hecho Dostoievsky afirma que la historia es una especie de carnicería, una catástrofe, no es como pensó Hegel, el desarrollo de la racionalidad.

La historia es solo un manicomio

Ha volteado todas las piedras

Y su lectura cuidadosa

Te deja con poco por conocer³⁹

Por otro lado, Nietzsche, en el prólogo de *Aurora*, describe a un hombre *subterráneo*, cuya labor le es muy pesada y diría que desagradable, pero al mismo tiempo satisfactoria por alguna razón. Además dice, que se rodea de una oscuridad que *sea solo suya*, pues trata tal vez de redimirse. Lo asemeja, por cierto, a Trofonio, un personaje de la mitología griega que tuvo que descender a una cueva lleva de tesoros para rescatar la cabeza decapitada de su hermano (que había sido decapitado por una trampa).

Parece que tanto el hombre del subsuelo como el hombre subterráneo, han descendido a las profundidades para ser conscientes de su propia oscuridad. Parece que descender a las profundidades puede ser como descender al inconsciente que alberga monstruos, y además el que desciende a su sombra, tiene que enfrentarse él sólo a lo que encuentre⁴⁰. Como decía Jung, para que las ramas de un árbol toquen el cielo, debe tener sus raíces en el infierno.

Analizar estas dos obras, me ha sido muy difícil, pues casi en casa frase, hay un pensamiento profundo y extenso que me golpea, me dice que está ahí, y me “obliga” a pararme, al menos para reconocer que está ahí. Si he traído estas dos obras (*Apuntes del subsuelo* y *Aurora*) es porque creo que Dostoievsky nos presenta el subconsciente del

³⁹ Mapas de sentidos: la arquitectura de la creencia, pág. 17.

⁴⁰ Nietzsche, F. *Aurora*, pág. 28.

hombre actual y junto con Nietzsche, también nos presenta una labor necesaria si queremos hacer algo mejor de nosotros mismos y hacer algo mejor del mundo: y ahora trataré de explicar por qué.

Para saber *qué hacer entre Dostoievsky y Nietzsche*, para saber qué queremos hacer con nuestra existencia, qué consideramos malo y bueno, es imprescindible, a mi ver, mirarnos a nosotros mismos con detenimiento, como hacen el hombre del subsuelo y el hombre subterráneo. Porque considero, que si no estamos alineados mínimamente con nosotros mismos, si no tenemos nuestra habitación mínimamente ordenada, conocida y prevista, es difícil –y peligroso –tratar de salir a ordenar el mundo y a alinear a los demás. Hoy en nuestros días, en Europa fundamentalmente, hay una corriente social bastante extendida –fundamentalmente entre mujeres jóvenes (al menos eso me dice mi experiencia) –que trata de mejorar o cambiar el mundo pero sin hacer un trabajo previo y propio para consigo mismas. Las personas de las que hablo, pretenden en nuestros días, salvar el mundo y ordenarlo cuando ni siquiera pueden mantener en orden su propia habitación y ven el mundo como algo que hay que cambiar por la fuerza y si hiciese falta, destruirlo. No me estoy refiriendo a personas que desde el amor a los demás, como propone implícitamente Dostoievsky, pretenden hacer del mundo un lugar mejor desde una postura humilde.

Creo que las personas de las que hablo, representan en Europa y en otros lugares del mundo, un sentir parecido al hombre del subsuelo, y un sentir parecido a Mefistófeles⁴¹.

Las personas piensan a menudo como Mefistófeles, si bien raramente ejecutan tales pensamientos con la brutalidad de los asesinos que llevaron a cabo las matanzas del colegio, el instituto o el cine antes mencionados. Cada vez que sufrimos la injusticia — ya sea real o imaginada—, cada vez que nos enfrentamos a una tragedia o somos víctimas de las maquinaciones de otros, cada vez que sentimos el horror y el dolor de nuestras limitaciones aparentemente arbitrarias, surge de entre las tinieblas la vil tentación de cuestionar el Ser y maldecirlo. ¿Por qué tienen que sufrir tanto las personas inocentes? Y en todo caso, ¿qué clase de planeta sangriento y horrible es este? [...] A veces, si el que sufre modificara su comportamiento, su vida se desarrollaría de forma menos trágica. Pero la capacidad de control de los humanos es limitada y todos tendemos a la desesperación, a la enfermedad, a la vejez y a la muerte.

⁴¹ Personaje de la obra *Fausto* de Goethe.

*En resumidas cuentas, no parece que seamos los arquitectos de nuestra propia fragilidad. Entonces, ¿de quién es la culpa?*⁴²

A menudo las personas que piensan así, incluso hasta puntos radicales, tienen más que una buena razón para hacerlo. Carl Panzram⁴³, por ejemplo, desvelaba en su autobiografía ser una persona coherente, firme y fuerte. Tenía además unas firmes convicciones y gozaba de un raciocinio considerable. Y no es de extrañar, teniendo esto en cuenta, que su gran rabia acumulada lo llevase a asesinar primero a las personas que le hicieron daño y que después esta rabia se dirigiera al resto del mundo en forma de violaciones, robos, actos pirómanos y asesinatos (aunque es cierto, que las personas que han sido maltratadas por otras personas o por la vida misma, adquiriendo de sí mismos una autoestima que los lleve a verse como personas no-válidas, dirijan hacia ellos mismos toda clase de castigos, fustigaciones y vejaciones; pues al no ser válidos y no ser dignos de valor, es lo que merecen). Tal vez por esto, el hombre del subsuelo de Dostoievsky, disfrutase cuando sentía el dolor, el menosprecio a sí mismo y el sufrimiento que vivía, porque pensaba y creía que eso es justo lo que merecía.

De hecho no es sólo de extrañar, sino que es comprensible. Pero, al mismo tiempo, hay personas, que han tenido una vida similar, y que deciden hacer justamente lo contrario. Deciden reconciliarse con el mundo, hacer de él un lugar mejor, tratan de no odiar a todo el mundo ni al mismo Dios. Pero ¿por qué? Decía Nietzsche que *el sufrimiento, ya sea psíquico, físico o intelectual, no tiene por qué engendrar nihilismo (es decir, la negación radical de todo valor, significado e interés). El sufrimiento siempre permite diferentes interpretaciones*⁴⁴.

Lo que quiero decir con esto, es que aunque sea comprensible que las personas que intentan cambiar el mundo a golpes o simplemente destruirlo, también ocurre que otras personas desde las mismas circunstancias de descubrimiento del mal, pueden decidir ir hacia el bien. Hay personas, que tras haber sufrido acoso por parte de compañeros, deciden no repetir esa conducta porque descubren a partir de su propio dolor, que está

⁴² Peterson J.B. *12 reglas para la vida, un antídoto contra el caos*, pág. 127.

⁴³ Panzram fue un asesino en serie de Minesotta. De pequeño fue violado en repetidas ocasiones y tratado de forma cruel en un centro de reconducción para delincuentes juveniles.

⁴⁴ Citado en Kaufmann, Walter, *Existentialism from Dostoievsky to Sartre*, Nueva York, Meridian, 1975, págs. 130-131.

mal, que no quieren hacer ese mal a los demás. La explicación de esto, es para mí un misterio.

4. Dostoievsky al piano: el mal elegido.

¿Somos libres? Podríamos decir que totalmente no, pues tal vez sea imposible, estamos muy determinados por muchos factores; pero si dijéramos que no somos libres en absoluto también mentiríamos. Con lo cual, lo más cercano a la realidad sería decir que hasta cierto punto somos libres. La libertad es lo contrario a la necesidad, es el *quiero* frente al *debo* o *tengo*. Aunque también es la posibilidad de elegir el *tengo* por encima del *quiero*. Hasta cierto punto, podríamos decir que la libertad es la posibilidad de hacer algo que no sea esperado, que no sea propio, la libertad implica poder ir en contra de todo aquello que debe ser o que sería de modo normal. Aunque también es renunciar a ir en contra y doblegarse a lo que es o está siendo, o a lo que debe ser. Es poder anular la propia voluntad, poner la mano en el fuego sabiendo que va a quemar. La libertad *es* en función de las posibilidades. Y tal vez el más libre es el que menos atado está a sí mismo, aunque no estoy muy seguro de cómo esto puede ser o cómo puede explicarse.

Este tal vez podría ser un bosquejo suficiente del problema de la libertad para adentrarnos en este capítulo, pero ¿por qué? Porque la libertad es condición necesaria para elegir hacer el mal conscientemente. Lo cierto es que muchas veces, elegimos lo que menos nos conviene, lo que más daño nos hace, elegimos descender a las profundidades, degenerar moralmente, elegimos castigarnos, fustigarnos hasta la muerte. También elegimos el caos, elegimos acciones que nos van a llevar a un sitio donde no queremos estar y del que puede que nos cueste salir... También elegimos a veces hacer mucho daño a una persona, a varias o a muchas. En ciertos casos es por una sed de venganza claramente comprensible, pero en otros no; el caso es que en ocasiones, elegimos llevar a cabo acciones moralmente reprochables –no ya por la sociedad –sino por nuestra propia conciencia... ¿Pero por qué?

Si somos rigurosos, hemos de pararnos también a ver que el mal que se elige hacer no es una simple consecuencia de las dificultades, decepciones o fracasos de la vida. Hay un ingrediente fatal para conseguir crear una espiral hacia el infierno: los sacrificios rechazados. Tratar de hacer –aunque sea con desgana –ciertos sacrificios para llevar una vida más plena y que estos fracasen en su objetivo es una combinación fatal, pues esta espiral consigue hacer sucumbir el espíritu⁴⁵ de cualquier persona y convertirla en una

⁴⁵ Me refiero al ánimo, a la motivación, al tesón.

especie de adefesio existencial que comience a generar odio, sufrimiento y mal hacia ellos mismos y hacia los demás por el simple hecho de hacerlo. Un sacrificio desgano y sin convicciones como base que es rechazado por Dios o la realidad –como queramos verlo –que lleva al rencor, al deseo de venganza y así sucesivamente. Este comportamiento es perfectamente reflejado por Caín y su historia con su hermano Abel y Dios.

La literatura moderna nos empuja a pensar que hay malos y buenos, que hay gente que es puramente mala y gente que es puramente buena. Esta visión de la realidad es parte de una resacralización del mundo, de una nueva forma de elaborar un mapa de sentidos, y viene en parte de la necesidad de un campo de banderas donde colocar localizaciones morales y asirnos a ellas tras la desorientación que nos produjo antaño la muerte de Dios. Pero es una visión maniquea y errada, falta de miras. Ver el mundo en forma de buenos o malos es estar voluntariamente ciegos ante nuestra naturaleza. No existen buenos y malos. No existe alguien cuya totalidad de sus actos sea buena o sea mala. Hitler trataba bien a sus animales según parece, y esto es una buena acción. Y el propio Jesucristo en un momento dado, usando un látigo y violencia, echó a los mercaderes y a los ganados de estos del templo; y esta podría verse como una mala acción (o al menos podríamos considerar malos los medios).

Parece ser más real ver el mundo como un lugar donde el mal y el bien son realidades que conviven en nuestro interior; a veces tendemos hacia hacer acciones que están mal y otras veces nos sentimos atraídos por hacer el bien. Tal vez uno de los méritos del ser humano, una de las características que lo distingue y le da valor, es que un mismo hombre puede perpetrar conscientemente un genocidio, puede torturar inocentes hasta la muerte y puede transformarse en un vendaval destructivo y autodestructivo; pero al mismo tiempo, esa persona puede dar su vida para hacer que su familia pueda comer, puede perder su razón, su tiempo y otras cosas para ayudar o hacer más felices a otros y, en último término, puede dar literalmente la vida por otra persona: como lo hizo el sacerdote polaco Maximiliano Kolbe, que al ver que había sido impuesto a un padre de familia el castigo consistente en morir de hambre –estando en un campo de concentración en Auschwitz, el sacerdote pidió que le dejarán cumplir a él mismo el castigo destinado al padre de familia, de forma que dicho padre pudiera seguir viviendo y fuese liberado del castigo.

Tal vez la respuesta a por qué alguien puede llegar a dar su vida por otro, esté más cercana a nuestro entendimiento. Creo que dar la vida -literal o figuradamente –por una persona, puede hacer feliz a aquel que la da si lo hace libremente. Pero, ¿por qué a veces elegimos el mal, el caos, la destrucción? Una de las opciones que abarco, es que esta elección puede ser un acto de regocijo de la libertad, de la posibilidad. En *los apuntes del subsuelo*, dice Dostoievsky:

Prueben a volcar sobre él⁴⁶ todos los bienes de la Tierra; sumérjanlo en la felicidad tan profundamente que sólo se perciban en la superficie algunas burbujas [...] Hagan todo esto y verán como el hombre, por pura ingratitud, por necesidad de envilecerse, les corresponde cometiendo alguna villanía [...] Sólo para demostrarse a sí mismo que los hombres son hombres y no teclas de piano⁴⁷.

Antes que Dostoievsky, se dieron cuenta de esto otros autores, como San Pablo de Tarso, clamando que quería hacer el bien pero le salía el mal. Pero no solo eso, sino que el mal que le salía hacer lo aborrecía y le hacía sufrir. San Pablo, culpaba de esto a la realidad de pecado que habita en nuestro interior pero reconocía en último término que el hombre era libre para actuar así o no -o, al menos, para reconocer en Cristo a un salvador que podría librarle de él mismo⁴⁸. San Agustín, en las Confesiones, declaraba haber cometido un robo no por el hecho de que le hiciese falta lo que robaba, sino por el hecho mismo de robar. El africano reconocía su deleite en la acción misma de robar.

Hablo de todo esto porque Dostoievsky y Nietzsche, hicieron mucho hincapié en sus obras en la importancia de la voluntad, del auto-reconocimiento de esta sabiéndose la persona libre para hacer su propia voluntad, por encima de cualquier razón, necesidad o deber. También considero, por otro lado, aunque para seguir apoyando la tesis de que el ser humano a veces obra mal queriendo por varias razones, que este no puede vivir todo el tiempo en el orden. Muchas culturas, pensadores, religiones y filósofos, han entendido el mundo como la fenomenología bélica entre el caos y el orden; el yin y el yang, Apolo y Dionisio, el contrato social como mediación entre la libertad y la seguridad etcétera. Una de las corrientes interesantes de pensamiento muy interesante que ejemplifica esta dualidad operante, es el maniqueísmo. El maniqueísmo es un

⁴⁶ Sobre el hombre.

⁴⁷ Dostoievsky F. *Apuntes del subsuelo*, pág. 54-55.

⁴⁸ Carta del Apóstol San Pablo a los Romanos, capítulo 7.

dualismo. Manes se considera como el culmen de todo lo anterior a él, el culmen de San Pablo en especial, como el último gran profeta, llamado a extender el maniqueísmo por todo el mundo (eran muy proselitistas). Es una religión dualista donde el conflicto bien-mal es universal y condiciona y determina toda la realidad, que es un escenario de una lucha continua. El maniqueísmo sería la religión encargada de proporcionar una vía de salvación a los restos de partículas luminosas (que proceden del bien) para hacerlas retornar a su lugar. Sobre esto se montará una estructura gnóstica organizada.

Empieza por aquella realidad suprema que obedeciendo a esa polinomia, a esa teocracia tan propia del maniqueísmo Adquiere muchos nombres, una terminología muy amplia, como el padre de grandeza o Abba Rabuta. Al lado del padre de grandeza, tenemos a la madre de los vivientes, una figura femenina. Aquí empieza a desencadenarse el drama maniqueo, ya que la oscuridad, el mal, la fealdad (Ahrimán) empieza a atacar al bien, comienza el asalto del mal al bien. Y esto lo describen de una forma realmente muy significativa, muy espectacular, representativa. Ellos imaginan que el cielo, el ámbito que ocupa Abba Rabutta, es el paraíso. El mal es representado, por un desierto, mientras que el bien, el paraíso significa “huerto”. Ese desierto ocupa una tercera parte de la realidad, pero empieza a crecer y a dominar la parte fértil, la parte viviente. Así es el ataque del mal contra el bien.

Ante ese ataque, el padre y la madre, emiten un hijo, que es Orbuth, que tiene como cinco escudos, cinco formas de oponerse: Enoia, phrónesis, nous, enxímesis, logismós. Una vez que el bien hace esto, el mal también genera otros cinco escudos (aquí empieza a mostrarse ese carácter mítico y representativo del maniqueísmo donde lo filosófico queda muy diluido): humo, fuego destructor, viento destructivo, agua cenagosa y tinieblas. Estos son elementos de lo estéril, de un terreno improductivo. Luego sucede que el mal se traga al hijo, lo que supone el comienzo de esta dramaturgia épica que es el maniqueísmo. Los maniqueos deben oponerse al mal, liberar al hijo y parar el avance del mal. Una vez que el mal se ha comido al bien, al hijo, se produce la segunda creación y una tercera emanación.

Todas las emanaciones van a ser Orbuth, Cristo, cada una en su sección correspondiente. Dos emanaciones: el espíritu viviente y el gran arquitecto. El arquitecto es Mitra, otro dios de origen zoroastriano. Aquí introducen los maniqueos esto: ese alma viviente que está siendo engullida por el mal, lanza un grito de socorro al

padre: “tohme Sohme!”). Lo que sucede es que el padre le da la mano al alma viviente para sacarlo. Entonces hay quien piensa que el gesto de darnos la mano es una remembranza de esta costumbre maniquea.

Parece ser que todo consigue quedarse más o menos en equilibrio gracias a una lucha de contrarios. Esto se da en el universo, en el microuniverso cuántico, en la sociedad...y finalmente en el individuo. Ninguna postura extrema parece estar destinada a perdurar: ni el temerario ni el timorato, ni el anoréxico ni el vigorexico, ni Kant ni De Sade...todas las culturas sostienen de una manera u otra que los extremos son malos y es cierto que solo ellos son malos, pero no puede darse el término medio si no hay dos extremos en los que se comprenda.

¿Y por qué se da esto en nuestro comportamiento?

El orden es territorio explorado. Tenemos orden cuando los actos que estimamos apropiados generan los resultados que buscamos. Nos complacen, pues indican, primero, que nos hemos acercado a lo que deseamos; y segundo, que nuestra teoría sobre cómo funciona el mundo sigue siendo bastante exacta. Aun así, todos los estados de orden, por más seguros y cómodos que sean, tienen sus defectos. Nunca sabremos al cien por cien cómo actuar en nuestra vida: en parte debido a nuestra abismal ignorancia de todo lo desconocido; en parte debido a nuestra ceguera deliberada y en parte porque el mundo sigue transformándose de improviso a su antrópica manera. Además, el orden que aspiramos a imponer en el mundo, se puede solidificar a raíz de nuestros cándidos empeños por dejar de sopesar todo lo desconocido. Cuando estos empeños llegan demasiado lejos, acecha el totalitarismo, impulsado por el deseo de ejercer un control completo cuando no es posible ni siquiera a nivel teórico. Esto implica arriesgarse a restringir todos los cambios psicológicos y sociales necesarios para seguir adaptándonos a un mundo en constante cambio. Así que nos encontramos ineludiblemente ante la necesidad de trascender el orden y pasar a su contrario: el caos⁴⁹.

Puede que, a veces, elijamos el caos, el mal, lo perjudicial etcétera porque estamos palpando los límites del orden; tal vez, lo hacemos para reivindicar nuestra libertad ante Dios o ante el Ser mismo –o, en un caso muy parecido, para hacer daño al mismo Dios o al orden natural del frío e indiferente mundo. Y, otras veces, por un motivo que no

⁴⁹ Peterson J.B. *Más allá del orden: doce nuevas reglas para vivir*, pág. 25.

logro explicar, tal vez descendamos a lo más vil de nosotros por el hecho mismo de hacerlo. Y esto, por suerte o por desgracia, también forma parte de nosotros de manera profunda, así, que cuando decidamos qué hacer entre Nietzsche y Dostoievsky, podríamos hacerlo siendo más honestos con nuestra propia sombra, con nuestra inclinación al mal y siendo conscientes de uno de los misterios que residen en nuestro corazón. Con esto no pretendo cerrar o dar explicación al porqué del mal, sino dar cuenta del que creo que es uno de los pilares fundamentales de la naturaleza humana.

5. Cristo o el otro: paradigma de un salto al vacío.

Este es nuestro último capítulo. En él trataré de cerrar qué hacemos con nosotros mismos y con los otros en esta vida, y terminaremos de tratar qué somos o cómo somos para así decidir que hacemos de manera realista. Creo que podemos empezar esta tarea hablando de la disposición natural del hombre para ser moral.

El ser morales es, hasta donde puedo decir, una capacidad que se desarrolla por naturaleza con un contexto apropiado. Cuando somos niños, aprendemos a señalar con el dedo. De pequeños aprendemos que señalar con el dedo todos los objetos, personas o sucesos que consideramos relevantes e interesantes, nos sirve para atraer la atención de las demás personas. Conseguir –especialmente en la infancia pero también en la edad adulta –que otras personas hagan caso a lo que consideramos importante o valioso nos informa de dos cosas: de la importancia de esa cosa misma que hemos señalado, y, por otro lado, valida al individuo que señala *como centro reputado de experiencia consciente y contribuyente al mundo colectivo*⁵⁰. Es –salvando las distancias –lo que se conoce en cierta escuela de fenomenología como la *intersubjetividad operativa*.

De este modo, no nos queda otra que aprender, que si no comunicamos a los demás algo valioso, corremos el riesgo de perder importancia para ellos, de dejar de ser relevantes. Tenemos necesidades biológicas y psicológicas que no podemos orillar si queremos sobrevivir: no podemos vivir sin agua, sin comida o sin un techo de la misma forma que no podemos vivir sin que jueguen con nosotros, sin que nos toquen o sin que intimen con nosotros. El proceso de sobrevivir se va construyendo en base a negociaciones: nosotros necesitamos cosas de las demás personas e instituciones y también hemos de ofrecerles algo a cambio y viceversa, es un intercambio de cesiones y restricciones. *Estas restricciones universales, manifestadas desde la biología e impuestas socialmente, reducen la complejidad del mundo a algo que se aproxima a un dominio de valor comprensible para todos*⁵¹.

De modo que la tesis que nos resulta relevante aquí, es *que tenemos la capacidad natural de elegir, de valorar, de ceder y de exigir*; y eso no es otra cosa que la capacidad de ser morales: de establecer una jerarquía de valores, fundamentos y

⁵⁰ Peterson J.B. *Más allá del orden; doce nuevas reglas para vivir*, pág. 38.

⁵¹ *Ibíd.* Pág. 41.

objetivos a partir de los cuales actuar y movernos en el mundo. Las preguntas que vienen a continuación son ¿cuál es la mejor forma? ¿Cuáles son los mejores y más sólidos valores a los que podemos religarnos para poder estar sustentados éticamente de un modo suficiente o incluso óptimo?

No creo que rechazar una cultura que ha salvaguardado del mejor de los modos posibles a la humanidad y al hombre mismo de la crueldad, la maldad, la desidia y la muerte durante miles de años (hablo de la cultura judeocristiana), sea un síntoma de sabiduría o de prudencia. La cultura judeocristiana, que sintetiza una antropología, una teología, una ética y una ontología ha sido el último baluarte de resistencia en numerosas ocasiones para salvaguardar a la humanidad del mal.

La historia del cristianismo, con sus profundos errores, maldades y fracasos (como los corruptos pontífices, la corrupción económica en determinados momentos y personas de la Iglesia, la lacra exasperante de la pedofilia, etcétera) y con sus profundos aciertos, actos e instituciones de bondad y victorias (la creación de numerosas obras de caridad, la institución del perdón, de la caridad, del derecho basado en el valor intrínseco del hombre ante Dios, el aporte a la abolición de la esclavitud, etcétera) ha sido parte el reflejo de la historia de Cristo en la tierra. Una figura divina que se hace humana, que practica un mensaje de caridad, de deber, de amor firme y tierno eligiendo como apóstoles a las personas más abominables en términos económicos, de estatus social, y de catadura moral de su entorno.

Cristo elige a los menos valiosos del mundo para que en ellos reluzca la labor del Espíritu Santo; y a partir de Él, la institución fundada por el mismo Cristo, sigue albergando tras sus puertas a los más necesitados de su suelo y de su techo (el suelo como creencia en valores sobre los cuales poder caminar más o menos satisfactoriamente y el techo como la creencia en el respaldo de estos valores asentados en la existencia de Dios y de la vida eterna).

En los símbolos del inconsciente colectivo, existe y está la figura del héroe, que es aquel que extrae orden habitable del caos desconocido. El héroe es el que se enfrenta al dragón, el que desciende a la guarida de este (del dragón) para darle muerte en su oscuro rincón lleno de tesoros antes de que abandone la guarida y quemé la aldea del héroe. El héroe es aquel que no trata de abolir la ley sino de darle plenitud, aquel que ya no se centra en delimitar lo que no debe hacerse sino lo que es bueno y verdadero hacer. Es aquel que desciende voluntariamente a los infiernos –al suyo propio y a los demás –

para hacerse cargo de su podredumbre y así poder reducir el poder de dicha podredumbre en él mismo y en los demás.

Porque si el héroe no hubiera descendido al infierno, si sus raíces (su conciencia de sí) no hubieran agarrado en lo más profundo de su oscuridad, sus ramas no podrían tocar el cielo, el árbol se caería ante la primera tempestad que viniera. El héroe es el que levanta la alfombra donde se han ido guardando todas aquellas cosas ante las que se vuelve el rostro pero que necesitan ser desveladas, afrontadas y a veces enfrentadas. El héroe, el mesías, es aquel que es un león que puede vencer pero que es consciente de sus limitaciones, contingencias e ignorancias y se hace cordero para descender por un momento a lo más profundo y bajo. Así, se humilla, se abaja a la condición última del Ser para hacer consciente (para iluminar) el máximo espacio posible de su ser y poder así hacer algo tal vez un poco más allá de lo meramente humano.

El héroe es el que reúne todas las culpas (o la responsabilidad mayor), es el que está más arriba del estatus jerárquico en términos éticos y sociales pero que precisamente por eso se coloca debajo de dicha jerarquía, porque la autoridad no es poder tiránico, sino poder y firmeza desde el amor. Y considero el máximo exponente de la figura del héroe es Cristo. La figura del héroe, como digo, cristaliza de forma sublime en Cristo, pero hay muchas figuras en la historia de la religión y de la literatura, y me gustaría mencionar brevemente una que me parece buena y que me gusta.

En *El señor de los anillos*, de J.R.R. Tolkien, hay un personaje llamado Gandalf. Gandalf es un mago gris, descendiente de los eldar (de la divinidad) y encargado de tratar de mantener el orden, la paz y mantener al mal a raya en la tierra media (el universo que creó Tolkien). Gandalf es una figura poderosísima, más poderosa que muchas otras figuras tanto del mal como del bien. Alberga en sus hombros, una experiencia y una sabiduría vastísima otorgada por su origen, sus años, su condición, su disposición y por otra serie de razones. Es un ser humilde, tierno, paciente, bondadoso, misericordioso y prudente; aunque también a veces es colérico y goza de una autoridad, una capacidad de ejercer fuerza, violencia y un poder inconmensurable cuando es necesario. En el primer libro de la trilogía ocurre un suceso donde creo que podemos apreciar suficientemente *qué es lo que hace el héroe* (aunque con esto no quiero decir que Gandalf sea el héroe de la obra ni el único en caso de que lo fuese).

Cuando la comunidad del anillo, cuyo responsable o líder es Gandalf llega al puente de Khazad-dûm mientras escapan de orcos y trasgos, aparece de repente un Balrog, una

especie de demonio corpóreo cuyo poder supera con creces al del resto de la comunidad del anillo y pudiera ser que a Gandalf. Pues, en este momento, es en el que Gandalf actúa como el héroe: consciente del poder de su enemigo y de la debilidad del resto de la comunidad del anillo, Gandalf se planta en mitad del puente frente al balrog ordenando al resto de la comunidad que huya mientras. Ésta obedece a regañadientes – como cuando los apóstoles obedecen a Jesús, lo dejan sólo en el monte Getsemaní porque tiene que ir a orar profundamente y a luchar contra el tentador, que es el demonio y a luchar contra su propia voluntad humana que lo insta ferozmente a liberarse del calvario que le sobrevénia –y Gandalf, luchando contra el balrog, cae hacia las profundidades más abismales de Moria, con poca esperanza de éxito y con certeza de muerte.

Finalmente, hojas más adelante el autor nos descubre que Gandalf consigue derrotarlo, pero ¿qué ha hecho Gandalf simbólicamente? Ha descendido él y sólo él –pues no ha dejado que nadie más descienda –a luchar contra un gran enemigo que iba a aniquilar al resto de la comunidad si nadie se sacrificaba y se quedaba luchando. Pudiendo desaparecer de ese atolladero cuando quisiera –igual que Cristo podía sucumbir ante las tentaciones del demonio en el desierto y terminar con sólo un chasquido con todo; al igual que pudo bajarse de la cruz cuando lo exhortaban jactanciosamente sus detractores, decide quedarse –se queda ahí, lucha y se sacrifica por el resto. Y se sacrifica por los demás porque el héroe ha encontrado un motivo por el cual vale sacrificarse, y lo tiene bien asentado y claro en su interior; un sentido por el cual su vida completa se sostiene y queda además atravesada por un objetivo garante ulterior: completar la misión de destruir el anillo y destruir al completo la presencia del gran mal que asola al mundo.

En el relato de Tolkien⁵², Bilbo debe hacerse ladrón antes de ser un héroe. Tiene que incorporar esa vileza para sustituir su carácter ingenuo e inofensivo y hacerse lo bastante fuerte para hacer frente a los horrores que le aguardan⁵³.

Un sacrificio requiere además hacerse cargo de una responsabilidad, y afirmar ser responsable de algo equivale a afirmar que hay cosas que dependen de uno mismo y no de los demás (esto es lo contrario de lo que afirman muchas ideologías que ponen el

⁵² Aquí habla Peterson de *El hobbit*, de J.R.R. Tolkien.

⁵³ Peterson J.B., en *Más allá del orden*, pág. 118.

foco del origen del mal siempre en los otros: en los ricos, en los patrones, en los hombres, en las mujeres, en los judíos...y no se paran a pensar que así no podrán conseguir nada). Es mucho más fácil cambiarse a uno mismo y hacer del mundo un lugar mejor así, que tratar de cambiar al mundo entero; esto segundo es una empresa nacida con el sello del fracaso (y pueden llegarse a tomar medidas muy peligrosas para la humanidad en el intento de cambiar el mundo porque es malo o está mal, como vimos con los movimientos totalitarios del siglo pasado). Por eso tal vez, si Carl Panzram hubiese hecho lo que hace un personaje de la novela *El cóctel* de T.S. Eliot, hubiese ido todo mejor. Este personaje, es una mujer, que hablando con un psiquiatra, dice llegar a la conclusión de que puede que todo su sufrimiento sea culpa suya; así, al menos, podrá darle alguna solución, pues si el problema es del mundo, está acabada. Con esto no quiero decir que todo lo que le sucedió de malo a Panzram fuese culpa suya, pero tal vez pudiera haber habido algo de redención para él si se hubiese parado a intentar ver qué podría hacer él de bueno por él mismo y por el mundo.

Cristo, además, da un giro de 180 grados a la actitud teológica hasta su momento. En las tradiciones religiosas, suele ser el hombre el que accede a Dios o a los dioses para pedir favores, concesiones o cosas y este decide si concede algo, si no lo concede o si decide comportarse de manera cruel y arbitraria. Pero en el cristianismo ocurre lo contrario, es Dios el que busca al hombre, el que baja a la tierra en una de sus personas y lo rescata de las consecuencias de la libertad que Él mismo le había dado. Con lo cual, este giro revela también una antropología digna de ir en búsqueda de la misma por parte de Dios.

Pero asumir esto es un salto al vacío, es tratar de dar el paso (o más bien dar bastantes pasos tratando de no salirse mucho del camino) entre dos vértices del abismo más insondable: en un vértice se encuentra el otro sartreano, el que representa el infierno, la completa imposibilidad de no vivir en el infierno, la limitación continua de las capacidades y posibilidades propias, el otro que hace que miremos al cielo y este esté sellado con cemento. Esta visión del otro como limitación es parecida a la visión del súper-hombre que tiene Nietzsche: al otro no hay que tratarlo como a Cristo sino que sólo debemos tratar éticamente a los fuertes, aguerridos y a aquellos que siguen la moral del artista. Los pobres no son dignos de compasión, esa es una errada visión, según Nietzsche. Ese otro cristaliza en Raskolnikov, que no tiene problema en asegurar que sólo los hombres superiores tienen una justificación ética para saltarse la ley (no así, los inferiores) pues los hombres superiores están a veces *más allá del bien y del mal*. Pero,

parece que Dostoievsky se apresura por medio de Raskolnikov a responderle a Nietzsche cual es el final del proyecto del súper-hombre. En el otro vértice, se encuentra el otro como Cristo, el otro como figura de Cristo, como aquel por quien merece la pena dar la vida de forma parcial e incluso definitiva, el otro como uno mismo (siendo uno mismo lo más valioso y lo más amado por Dios).

El cristianismo exhorta no solo a comportarse bien, cordial y educadamente con el otro sino a atribuirle a este un valor equivalente al valor de mi *yo*, ya que es, *a pesar de las apariencias externas, un representante de Dios y actuar de acuerdo con esa evaluación*⁵⁴. Sabemos que es difícil, pues, como dijo Nietzsche bastante acertadamente, *el último cristiano murió en la cruz*. Creo que esa es una máxima muy lúcida, pues Nietzsche es consciente de que Cristo es un modelo a seguir o a imitar inalcanzable. Así pues, el cristiano siempre está a medio camino para llegar a ser cristiano y si es verdaderamente consciente de lo que implica – al menos para mí – creer en Dios, será consciente de que creer que Dios existe implicaría la asunción de una verdad sublime (terrible y estupenda, pues hay un Dios que salva y ama pero también que ve y juzga); y no solo eso, sus actos deberían incardinarse en el camino que Cristo dejó, que es él mismo: *yo soy el camino, la verdad y la vida; y nadie va al Padre sino por mí*⁵⁵.

Esto se entiende mejor cuando vemos que Jacob, tras su lucha con Dios (que aparece como ángel) pasa a llamarse Israel, que significa *el que lucha con Dios*. Por eso no es de extrañar que la historia del pueblo de Israel esté vertebrada por una sucesión casi continua de luchas con Dios. Porque la fe, es un combate, es una intención continua, un acto sin terminar; y es también, y no menos importante, un salto al vacío, un *salto mortale*. La fe es el punto a donde llega Dostoievsky por medio de Aliosha, de capacidad racional más menguada que la de su hermano. Y es la fe en Dios, la que lleva al humilde (coherente con la realidad) a amarse a uno mismo – como Dios nos ama – y al amor al otro; pero no a un amor mercantilista, sino a amar en la dimensión de la cruz: amar hasta el punto de dar la vida por el otro.

⁵⁴ Peterson J.B. *Mapas de sentidos: la arquitectura de la creencia*, pág. 633.

⁵⁵ Evangelio según San Juan 14'6.

6. Conclusión

Creo, que tras todo este trabajo, puedo decir que considero que si queremos hacer de nosotros mismos y del mundo un lugar mejor, no hay mejor ni más coherente opción que seguir a Cristo. Hemos de ser consciente de nuestra naturaleza moral, que lleva consigo inextricablemente la corrupción y la degeneración –igual que lleva con la misma fuerza lo excelso y lo sublime.

La propuesta del súper-hombre es muy atractiva y acertada en muchos puntos, pero se me antoja imposible su realización efectiva. *El hombre es una cuerda tendida entre la bestia y el superhombre* decía Nietzsche en *Así habló Zaratustra*. Y el cristiano es una cuerda tendida entre la bestia y Cristo, diría yo. Tal vez el destino del hombre esté en seguir toda su vida siendo esa cuerda, y creo que entre la bestia y el súper-hombre me quedo con el súper-hombre: pero entre el súper-hombre y Cristo, creo que no sería honesto conmigo mismo, con lo verdadero y con lo bueno, si no me quedase con Cristo.

Muchas gracias lector, por haberme leído; por haber hablado conmigo.

7. Bibliografía

- Diccionario filosófico Ferrater Mora, Alianza editorial 1982, Madrid.
- Biblia de Jerusalén, editorial Desclée De Brouwer, 2009.
- *El señor de los anillos*, J.R.R. Tolkien, editorial Minotauro, 2013.
- Peterson, J.B. *Mapas de sentidos: la arquitectura de la creencia*, editorial Planeta, Barcelona, 2020.
- Peterson J.B. *12 reglas para la vida, un antídoto contra el caos*, editorial Planeta, Barcelona, 2020.
- Peterson J.B. *Más allá del orden: doce nuevas reglas para vivir*, editorial Planeta, 2021, Barcelona.
- *La náusea*, J.P. Sartre, editorial Losada, 1999.
- *Un punto azul pálido*, Carl Sagan, editorial Planeta, 2006, Barcelona.
- Kierkegaard, *Etapas en el camino de la vida*.
- *El cóctel*, TS Eliot, Editorial Faber & Faber, 1996.
- *Los hermanos Karamázov*, Dostoievsky, Alianza editorial 2011.
- F. Dostoievsky, *L'esprit souterrain*, tr. Halpérine-Kaminsky y Ch. Morice. París: Plon-Nourrit, 1884.
- Dostoievsky F. *Apuntes del subsuelo*, Alianza editorial, Madrid, 2020.
- Freud, Sigmund. "Obras Completas", Biblioteca nueva, Madrid, 1997.
- *Calígula*, Albert Camus, Alianza editorial, Madrid, 2013.
- F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, librear.com.
- *Así habló Zaratustra*, Editorial Brontes, Barcelona, 2012.
- Nietzsche, F. *El crepúsculo de los ídolos*
- Nietzsche, F. *Aurora*, M.E. Editores, 1994, Barcelona.
- F. Nietzsche, *Fragmentos póstumos (1885-1889)*, primavera de 1888, 15 [9], tr.
- J. L. Vermal y J. B. Llinares. Madrid: Tecnos, 2006.
- F. Nietzsche, *Briefwechsel. Kritische Gesamtausgabe, Kritische Gesamtausgabe*, III, 5, G. Colli y M. Montinari (eds.). Berlin-New York: W. de Gruyter, 1984
- *El anuncio del kerygma en las chabolas con los pobres*, Kiko Argüello
- *Fausto*, Goethe, Editorial Planeta, 1980, Barcelona.
- Kaufmann, Walter, *Existentialism from Dostoievsky to Sartre*, Nueva York, Meridian, 1975.
- D. M. Manuel en *Fiódor Mijáilovich Dostoievsky: existencia, sociedad y verdad*.
- *Discurso sobre la dignidad del hombre*, Pico Della Mirandola, Editorial UNAM, 2018.
- Pascal, Blaise. *Pensamientos*, pág. 7, editorial Biblioteca virtual universal, 2003.